

SORPRESA Y GOZO

La renovación del culto en el Consejo Ecu­ménico de las Iglesias

«Hace mucho tiempo que yo no asistía a actos de culto públicos con una expectación tan entusiasta como la que he experimentado durante las dos últimas semanas», escribió la veterana Pauline Webb en el número final de *Canvas*, la hoja informativa que se publicaba diariamente en la Sexta Asamblea del Consejo Ecu­ménico de las Iglesias en Vancouver en 1983. Su sorpresa y su gozo se repitieron prácticamente en todos los informes sobre este acontecimiento, procedentes de todas partes del mundo y de un amplio espectro de denominaciones.

«Renovación» es, sin duda, un término flexible que puede significar todo tipo de pensamientos diferentes para diferentes gentes en contextos diferentes. Pero si en la vida cristiana hay ciertamente algunas cosas que son innegablemente verdaderas y justas, mucho más frecuentes son aquellas que se encuentran inequívocamente impresas en un grupo o comunidad a pesar de todas las precauciones predecibles y la sobriedad de las expectativas circundantes. La experiencia de culto en la Asamblea de Vancouver fue precisamente para mí, al igual que para otros cientos de per-

Traducción del original manuscrito en inglés por la Dra. Rosa M.^a Herrera García (U. P. Salamanca).

sonas, un raro salto cuántico hacia la verdad y el gozo hasta tal punto que me alegra dar testimonio de él y de cuánto ha influido —mucho— en las sucesivas conferencias de este poderoso cuerpo.

1. IMAGINACION, COMPROMISO Y ESFUERZO ABSOLUTO EN LOS DETALLES

¿Qué fue tan bueno? Aquí sin duda los diferentes testimonios darían cada uno un relato diferente, porque la experiencia fue de hecho tan rica que ninguno de los que participamos podría realmente abarcarlos todos. Es evidente, además, la conocida dificultad de trasladar a la fría escritura la emoción característica de un acto de culto «logrado»; ustedes, los lectores, deberán completar lo que sigue con sus propias simpatías y compromisos.

Por mi parte —y veo como un signo positivo que otros hablen de otros aspectos o ejemplos—, la historia merece comenzar con el admirable grado de cuidado que se puso en la «estructura» exterior del culto.

La *primera* sorpresa, para alguno un choque, fue descubrir que el culto de este gran encuentro (900 delegados, 400 observadores, traductores y equipo directivo, 2000 visitantes, 1000 periodistas, etc. (para una reseña más amplia de la Asamblea, véase mi *Look Listen Care —one man's experience and interpretation of the Vancouver Assambly*, Consejo Británico de las Iglesias, 1983, p. 62) iba a celebrarse en una tienda gigantesca, rectangular, pintada de blanco y amarillo, levantada en un descampado del campus universitario. El lado largo que daba a campo abierto, con el mar y las montañas al fondo, se dejó abierto, de modo que no sólo había un acceso ilimitado a la tienda en cualquier momento —uno era siempre consciente de que la gente estaba fuera mirando, comprometida a medias—, sino que también los que dirigían el culto desde la plataforma no podían menos de ser conscientes del amplio mundo exterior. La hierba, debajo, no estaba muy bien cortada, las sillas eran de plástico estilo jardín, fácilmente movibles. Dos días después del final de aquellos quince días volví al campus y comprobé que la tienda había sido levantada, con una ráfaga de emoción —primero de tristeza porque lo que había

llegado a ser un poderoso símbolo que había permitido a la gente encontrarse con Dios y con los otros con tanta facilidad, hubiera desaparecido tan rápidamente, pero también de gozo de que todos nosotros hubiéramos saboreado tanta frescura y profundidad en un descampado.

Una *segunda* dimensión, inusual para muchos cristianos occidentales, fue descubrir precisamente cuánto cuidado se había puesto en las preparaciones *visuales*. Esto, lo supimos pronto, había sido fuertemente promovido por la oferta de la *Canadian Broadcasting Corporation* a fin de emitir *toda* la Asamblea en la televisión local. Inmediatamente pareció importante —como nuestros partidos políticos han aprendido por las conferencias de prensa electorales— tener fondos de colores, telas y apoyos visuales, movimiento y despliegue en vez de puras palabras y una multitud de otros elementos activos («artilugios», «trucos publicitarios», temería mucha gente) que comunicarían y servirían para comunicar sin tener que ser explicados verbalmente. Y así la iluminación en el interior de la tienda era realmente muy elaborada (¡y cara!); el «retablo» sobre la plataforma, el altar que lo acompañaba y los ambones frontales eran extraordinariamente hermosos, creaciones originales que utilizaban el simbolismo de los indígenas del Noroeste del Pacífico; las biblias, libros y otros «elementos» utilizados en el culto —los platos y copas de cerámica para la Comunión, por ejemplo— eran de todos los colores en lugar de lisos y ¡de ninguna manera negros! Todo esto tuvo un efecto excelente en los programas de televisión y el conjunto resultante de videos todavía disponibles. Pero no fue menos importante para aquellos de nosotros que participábamos al mismo tiempo en el culto, llevándonos más allá de las expectativas usuales de sobriedad (por no decir sosería) de lo predecible contrastado con lo sorprendentemente fresco, de lo familiar contrastado con la novedad apasionante.

Una *tercera* e importantísima dimensión fue la permanente preocupación por conseguir que el culto fuera algo sorprendente y altamente participativo. Todas las liturgias requirieron al menos diez o doce personas que participaran en la dirección del culto, y éstas incluían siempre una mezcla de jóvenes y viejos, blancos y negros, laicos y ordenados, orientales y occidentales, etc. Todo esto unido a un uso espléndidamente creativo de las diferentes lenguas, con

textos impresos en las lenguas «oficiales» para las lecturas, que se leyeron en cerca de 100 lenguas en quince días, e intercesiones realizadas en una sucesión de lenguas con una respuesta común. Cada día se llevaba la Biblia en procesión, sostenida en lo alto de un carrito, de tal manera que parecía como si llegara conducida por su propio halo a través de las apretadas filas de fieles en pie. Repetidas veces una de las lecturas era interpretada como una danza, en parte por un grupo preparado y en parte por una invitación a todos a unirnos en alguno de los gestos o movimientos. Todo esto evitaba el alboroto (por el hecho de que no había ningún interés predominante por hacer lo «correcto», precisamente para ofrecer una oportunidad para reunirse en la oración o devoción en movimiento) y lo más sensacional; todo había sido liberado e imaginativamente preparado en función del *culto* para el que estábamos ahí.

Cuarto punto: junto con este sentido de participación, venía una serie de ideas para traducir la plegaria en acciones para todos nosotros. Recuerdo, por ejemplo, el momento en el que, al final de las intercesiones, un asistente nos rodeó dándonos a cada uno una especie de cable. Fuimos invitados a modelarlo en algo que nos recordara estas plegarias —y entonces, cuando cada uno lo hubiera hecho así— a darlos a los más cercanos y recibir los suyos como un recuerdo aún más memorable para llevar a casa. Aún más memorable fue uno de los mecanismos del servicio de clausura: las tres paredes de la tienda habían sido adornados con un conjunto de pancartas traídas de diferentes iglesias y países que habían sido colocadas ahí para llamar la atención sobre la comunidad más amplia, en medio de la cual y por cuya salvación nosotros estábamos celebrando el culto. Cuando llegamos para el servicio de clausura, inevitablemente algo cansados y estresados por el ajetreo de terminar las resoluciones debatidas y votadas, encontramos que estas pancartas habían sido reemplazadas por miles de dibujos muy pequeños de niños; cada uno de ellos mostraba un niño alzando sus manos a la altura de la cadera y alcanzando el final del dibujo, de modo que estábamos literalmente rodeados por un círculo de testimonios infantiles. Entonces, justo antes del final, fuimos invitados a ir cada uno hacia las paredes y tomar uno de esos dibujos, que tenían la dirección del niño y su escuela en el reverso, llevarlo

a casa y escribirle sobre la Asamblea. Al menos cada acto de culto de la mañana contenía alguna acción semejante que ayudaba a fijar en el corazón y la voluntad de cada uno el propósito y el significado centrales de lo que se trataba.

Quinto (puede parecer injusto dejarlo en quinto lugar, pero no están en orden de mérito): *la música*. Un equipo de seis personas, procedentes de los cinco continentes, habían trabajado durante muchos meses, recogiendo material y preparándolo para el canto de una amplia congregación internacional. Trajeron sus instrumentos característicos, la charanga de los Andes y el gong de Taiwan, por ejemplo. Más aún, trajeron sus técnicas particulares para enseñar y llevar una congregación no precisamente hacia una música poco familiar, sino a dar culto en y a través de ella. Formaron un improvisado pero entusiasta coro voluntario reunido de entre los estudiantes de varias universidades de Vancouver y el Noroeste que guió a la congregación con la mezcla justa de brio y ritmo sin dominarnos o excluirnos.

Sexto, y en cierto sentido último: *el libro de culto*. Los cantos, himnos y respuestas litúrgicas utilizados fueron publicados en un precioso manual de culto, lleno de oraciones originales en cuatro lenguas y con un repertorio de dibujos y viñetas que realzaban grandemente el sentimiento de un verdadero instrumento internacional de culto. Ya las cubiertas con un icono vivo, en color de Jyoti Sahi, un conocido artista católico de la India, de Cristo resucitando a una nueva vida mientras se sumergía en la profundidad, rodeado por cuatro símbolos, no los de los evangelistas sino relativos a la creación —el sol, una flecha de luz, una semilla de coco y (¿?) un ojo vigilante. Este libro como las liturgias usadas en la tienda, era en cierto sentido totalmente tradicional; muchas de las plegarias individuales y los textos eran reconocibles en la tradición de una u otra de las iglesias del mundo. Incluso la mezcla es para todos nosotros inhabitual, como muchas de las oraciones lo son a una persona. Y el hecho de que se haya dado tanto espacio a canciones, oraciones y dibujos nuevos procedentes de los contextos de las iglesias nacientes en el Sur, da al libro un sentimiento de la universalidad que llega del siglo XXI, cuando África, Latinoamérica y el Pacífico sean el corazón de la fe cristiana.

Un modo fresco en medio de la confusión de las exigencias denominacionales

Un aspecto bastante diferente de todo esto tiene que ver con su relación con las expectativas de las diferentes denominaciones representadas en el Consejo Ecuménico. Esta cuestión ha estado naturalmente presente en los principales encuentros del CEI desde sus orígenes. Ya las asambleas de 1961 y 1968 tuvieron un modelo de culto en el que cada mañana el servicio religioso había sido etiquetado como «luterano», «anglicano», «baptista» o cualquier otro. Sin embargo, en Vancouver ninguno de los servicios religiosos preparados por el comité de culto fueron planeados y mucho menos etiquetados de modo que correspondiera a alguna práctica o visión denominacional particular. Fueron deliberadamente «interdenominacionales» en el hecho de que cualquier *item* o plegaria particular podía reconocerse como perteneciente a alguna tradición, pero no fueron usadas por esa razón, o no se prestó ninguna atención a este respecto. Más aún, los servicios religiosos fueron diseñados para proporcionar un fuerte sentimiento de comunidad internacional, utilizando sus muchas culturas y estilos para hacer luz en las diferencias así como para presentar ante Dios no una comunidad limitada, sino la familia humana como un todo.

Recuerdo haber estado impresionado por el hecho de que a lo largo de las dos semanas de la Asamblea no escuché nunca ninguna objeción al respecto o sugerencia alguna de que lo hecho fuera poco adecuado. Aunque la combinación dada de «elementos» en un servicio (no es que uno fuera consciente de «puntos» separados) puede haber sido poco familiar para muchos de nosotros, de ningún modo «cosas» particulares que serían intolerables, e incluso perturbadoras para una persona o grupo particular, no había ninguna duda de que estábamos participando en *el* culto de *la* Iglesia. Usábamos «cosas» que algunos cristianos han encontrado que son apropiadas y enriquecedoras, de modo que proporcionaban a cada uno de nosotros el poder reconocer lo que sucedía y conocer nuestra propia parte en ello, uno era ayudado por un sentimiento de la verdad del culto y del efecto genuino de comunidad (*koinonía*) entre nosotros que nos tocó en las cosas de Dios de un modo maravillosamente común y profundo.

Este carácter «interdenominacional» llegó a ser un grado más problemático cuando llegaron los servicios eucarísticos. Este no es el lugar para tratar plenamente una cuestión que ha interesado naturalmente durante mucho tiempo al CEI y a cualquier otra organización intereclesial y que, debemos recordarnos siempre a nosotros mismos, no «se resolverá» hasta que las iglesias estén plenamente unidas. Lo que sucedió en Vancouver pareció importante en el momento y puede verse ahora que ha tenido una considerable influencia. En resumen, las regulaciones del CEI en vigor desde las primeras de 1960, entonces como ahora, disponen celebrar dos eucaristías en el programa de una conferencia principal: una, celebrada bajo la autoridad de un miembro de la iglesia que pueda invitar a cristianos a un amplio espectro de iglesias a compartir el pan y el vino; la otra, celebrada por una iglesia que permita invitar a los cristianos de otras tradiciones a estar presentes, pero no a compartir el pan y el vino. En la práctica, estas dos eucaristías han sido siempre protestante una y ortodoxa la otra.

Para la Asamblea de Vancouver se decidió que la eucaristía «abierta» debería usar la *Liturgia de Lima* que había sido diseñada en la Comisión de Fe y Constitución para acompañar el texto doctrinal *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* que la Comisión había entregado a las iglesias miembros el año anterior. De hecho, la Liturgia de Lima ha sido escrita para expresar la centralidad de los diferentes puntos de acuerdo doctrinal en el texto BEM, más que como una ruptura en cualquier disciplina eucarística de la Iglesia, sin embargo fue usada en la Conferencia de Lima con éxito. El Arzobispo de Cartorbéry (Robert Runcie) estuvo de acuerdo en actuar como presidente en Vancouver y ser acompañado por ministros ordenados procedentes de un elenco de iglesias de la Reforma (aunque probablemente no esperaba tener a una mujer pastor junto a él en la plegaria eucarística y en todas las fotos de una obviamente «prestigiosa» ocasión). El punto importante de este intento es que, mientras la «eucaristía abierta» parecía participar plenamente en el sentido de «renovación» que fue tan característico del culto diario, el servicio «paralelo» celebrado por los ortodoxos pocos días después, en el mismo altar y en la misma tienda, pareció desgraciadamente tener muy poco que ver con él.

Mi interés principal en esta sección es acentuar que la nueva aproximación al culto en la Asamblea de Vancouver nos llevó al menos tres pasos más adelante de lo que había sido hasta ese momento la «maraña» de exigencias denominacionales con relación al culto en los encuentros ecuménicos. En primer lugar probó que era posible considerar el culto común de un modo fresco, no convencional pero satisfactorio para todos. En segundo lugar, demostró que toda la «tradicción» del culto cristiano da vida a «nuevas» oraciones y acciones con una profundidad que es viva y verdadera, incluso cuando cualquier agitada concentración sobre «cómo debemos hacerlo exactamente en nuestra propia iglesia» debería estar completamente fuera de lugar. Tercero, enseñó al Consejo Ecuménico que el culto cristiano tiene que estar centralmente vinculado a un sentimiento de la «totalidad» de la llamada cristiana; todo grupo da culto con todos los cristianos de todo tiempo y lugar; el culto pertenece a e interactúa fructíferamente con *toda* la vida y la obra de la comunidad reunida (en este caso para la Asamblea del CEI); y cuarto y más importante, puede llevar a los que participan en el culto a un profundo interés por el *mundo como un todo*, porque Dios lo creó y lo ama todo, y porque nosotros, que damos culto de diferente manera, pertenecemos a muchas comunidades diferentes dentro de él.

2. PRECURSORES Y EFECTOS POSTERIORES

Esta en gran medida inesperada «renovación» del culto en el CEI no estaba naturalmente exenta de precursores. Aquí está simplemente la lista de aquellos que he tenido la suerte de conocer; quienes conocen los avances en el culto en las diferentes partes del mundo podrán añadir muchos más.

Los salmos del padre Joseph Gelineau han transformado desde hace décadas no sólo el canto de la Iglesia Católica en Francia y mucho más allá, sino también han planteado un estilo de canto participado entre cantor y congregación que es fructífero también en muchos otros contextos. Han sido especialmente promovidos por la *Comunidad de Taizé* cuya efectividad creciente en el culto utilizando diferentes lenguajes, velas, modelos repetitivos

de oración, posturas y silencio, es ampliamente admirada y seguida.

En Gran Bretaña, la *Comunidad Iona* durante los últimos quince años ha liderado el camino en el uso de recitaciones y cantos litúrgicos procedentes de todas partes del mundo en himnos frescos, muchas veces agudamente relevantes escritos para las músicas populares tradicionales, y los tonos cantables contemporáneos en formas imaginativas, participativas de culto, muchas veces diseñadas para gente joven pero no menos efectivas con sus mayores.

Muy pronto, el *movimiento carismático* abandonó muchos hábitos heredados de oración, alentando al pueblo a descubrir una flexibilidad, calor e informalidad en su oración y culto que muchos de nosotros nunca supimos que podríamos estar tan preparados para expresar y gozar. Desde otro ángulo, la escuela de escritores de himnos en la Iglesia Unida Reformada Británica, Fred Kaan, Brian Wren, Erik Routley y otros, han demostrado la posibilidad de escribir himnos que son sustanciales en su fe, radicales con respecto a la obediencia (denominacional), tanto sociales como personales en la confianza y sobre todo gozosos al cantar, dignos de enseñar y repetir allí donde son comunes los coros de estilo norteamericano demasiado entusiastas.

Añádase a estos multitud de ritmos africanos, fortaleciendo una espiritualidad de gozo que triunfa sobre cualquier tragedia; los poemas indios que permiten a los cristianos ir más allá de los modelos traídos por los misioneros y hacia un uso creativo para el culto de sus propias culturas ancestrales y el sentimiento litúrgico de las comunidades de base cristianas de América Latina que dan culto a Dios en medio de los pobres... No es difícil ver de dónde procedía el «sorprendente Vancouver», aunque esto no hizo necesariamente más fácil llevarlo a casa, a las congregaciones locales.

Tendría que añadir también un párrafo o dos sobre la historia a partir de Vancouver. Soy afortunado al haber podido asistir a los cuatro más importantes encuentros del CEI desde entonces, en cada uno de ellos se hicieron esfuerzos decididos para seguir la inspiración de Vancouver. A mi juicio, estos han variado mucho, pero todo ellos me han enseñado mucho más sobre lo que es importante para asegurar el mayor grado posible de efectividad en este

tipo de planteamiento. A riesgo de hacer resúmenes demasiado breves de lo que cada uno ha supuesto hablando en términos comparativos, aquí están mis evaluaciones.

La Conferencia Ecuménica Misionera de San Antonio, Tejas, en 1989, dio al menos dos pasos significativos más allá de Vancouver, al mantener virtualmente todos los «avances». Gracias sobre todo a John Bell, de la comunidad Iona, que dirigió gran parte del culto, hubo un notable sentimiento de «movimiento» y «propuesta» en los sucesivos servicios religiosos de la mañana de esta conferencia. Cada uno estaba relacionado con uno de los pasos o etapas en el crecimiento de las plantas. Nos encontramos a nosotros mismos esparciendo bolas de tierra de diferentes zonas para permitir al desierto florecer; plantando nuestras semillas en la tierra para que pudieran morir y resucitar a una nueva vida; alimentándolas con agua de vida; arrancando las viejas ramas para favorecer un crecimiento más fuerte; esperando el momento para cosechar en el tiempo bueno de Dios; partiendo y compartiendo entonces el pan resultante; y alegrándonos en los frutos del espíritu; antes de llevar semillas nuevas a casa para continuar el interminable ciclo del peregrinaje y obediencia en todos nuestros diferentes contextos. Aunque la capilla en la que nos reuníamos no era tan libre y fresca como la tienda de Vancouver, esta serie de ocho servicios religiosos de la mañana permanece para mí quizá como la pieza más conmovedora y profundamente verdadera del culto comunitario que he experimentado nunca. Fueron gratamente intensificados por la «interrupción» de un temprano «Vía Crucis» en el que John Bell había previsto que todos nosotros camináramos individualmente en círculo una «senda con escenas activas» recordándonos cada una y trayéndonos de manera diferente al mundo de hoy los episodios de la Semana Santa y el Viernes Santo, incluyendo por ejemplo el recuerdo y escucha en oración de los santos y mártires de hoy junto con las de nuestras historias respectivas, donde colgar cada uno sus propios pecados en pedazos de papel en una gran cruz de madera con clavos cruelmente largos y afilados, que requería una gran fuerza para sostenerla.

La Asamblea de Camberra, de 1991, fue de muchas maneras un retorno a Vancouver, aunque en mi impresión de una intensidad mucho menor en sorpresa y gozo —quizá

inevitable para alguien que ha estado en Vancouver. De nuevo una amplia, larga tienda, con una plataforma aún mucho más bellamente diseñada procedente del arte indígena. De nuevo, liturgias maravillosas y sensiblemente escritas, y oraciones que memorablemente retomaban el acento del resto del trabajo de la Asamblea; pancartas brillantemente coloreadas que nos llevaban hacia la tienda y a través de las calles de la ciudad en peregrinaje y oración; un espléndido equipo de músicos esta vez con un alto sacerdote americano ortodoxo serbio, cuya gran voz de bajo era como cavernosa, así como sus gestos guiándonos a todos nosotros hacia las profundidades de la intercesión. Ligeros toques de incomodidad para mí en la desaparición de la simplicidad de las acciones de participación en el culto que tanto significaron en Vancouver; existió una sintonía pero que no «trabajó» tan bien, posiblemente porque estaban algo más coartados. Y la mayor parte del tiempo hubo un sentimiento de hallarnos ante actos de culto maravillosamente bien preparados, sin duda cuidadosamente diseñados durante muchos meses por un comité de culto cerrado, pero que sólo en el —de nuevo horriblemente forzado— servicio de clausura dio lugar a una espontaneidad que nos cautivó plenamente en las dimensiones de oración de las que el resto de la Asamblea había carecido.

En la Conferencia Mundial de Fe y Constitución de 1993, en la ciudad española de peregrinaciones, Santiago de Compostela, se hizo reconocible la tradición de Vancouver, con parte del mismo personal implicado en la dirección; no obstante, se convirtió en un «fracaso». Tenía poco que hacer con la profundamente antiecuménica naturaleza de las leyendas centrales y la religiosidad popular (*folk spirituality*) de ese lugar. Santiago matando moros desde lo alto de su caballo blanco resulta difícilmente la mejor imagen para la reconciliación entre razas y culturas. La antifona para el movimiento de ese inmenso (y peligrosamente violento) incensario en la catedral, glorificando el papel de María al fortalecer al rey de España y sus guerreros para la reconquista de la tierra de sus antepasados de la invasión de los musulmanes, estaba al menos dirigida a ocasionar la máxima ofensa a aquellos de nosotros interesados por la fe intercultural, las relaciones internacionales; o a los interesados por lo femenino en Dios, y a todos los inte-

resados por la paz y la comprensión mutua en un único mundo futuro.

Por su parte, la conferencia aportó además sus propios problemas adicionales, con la Ortodoxia en guardia acerca del proselitismo que estaba surgiendo en su propia casa procedente de las Iglesias Católica y Protestante, que ellos habían supuesto amigas pero que ahora descubrían como sus enemigas. Esto llevó directamente a un rechazo beligerante de todo lo que no era bienvenido para ellos, incluyendo un planteamiento académico y espiritualmente destacado de los estudios bíblicos; y aún la práctica «normal» de celebrar «su» eucaristía para la conferencia como un todo, de modo que la «abierta» celebrada bajo la autoridad de las dos pequeñas iglesias protestantes miembros españolas adquirió más peso debido a la ausencia de una eucaristía ortodoxa (o católica) que no fuera la «privada» por la mañana temprano. Los otros aspectos de la tradición de Vancouver simplemente no aparecieron por causa de estas realidades superpuestas.

Sin embargo, me gustaría redondear esta crónica, al menos para fecharla, refiriendo que la Conferencia Mundial Misionera celebrada en San Salvador de Bahía, Brasil, a finales de 1996, proporcionó otro notable ejemplo de creatividad y frescura frente a numerosas diferencias. Una de estas últimas fue la «tienda» encontrada para la ocasión: una amplia plaza sobre una alta roca, cubierta con altos cuadrados de plástico que dejaban los lados abiertos a las vistas y los vientos, y provista de una vasta y alta plataforma pintada de negro sin duda preparada para conciertos de rock. El culto de la conferencia se encontró a sí mismo cuando nos volvimos de espaldas a la plataforma y celebramos el culto frente a una esquina de la plaza en la que una palmera crecía con vistas abiertas al mar a lo lejos. Aunque no hubo series de acciones como en San Antonio, cada uno de los servicios religiosos de la mañana fue memorable y profundamente verdadero a su manera. El momento más intenso fue una mañana muy temprano cuando todos tomamos los autobuses atravesando la ciudad hacia el muelle de los esclavos usado hace 350 años para desembarcar, clasificar, bautizar y enviar a millones de africanos hacia su «nueva vida». Meditamos sobre lo que ese lugar tenía que decirnos y lo compartimos en un servicio de arrepentimien-

to, perdón mutuo y exhortación y la celebración de la espiritualidad africana victoriosa a la que ni siquiera la esclavitud pudo aplastar totalmente. Este servicio figura, prácticamente en todos los informes de esa conferencia, como la pieza central que mueve e inspira su contribución a la iglesia universal del futuro.

Hasta aquí la crónica del culto «renovado y renovador» en los principales encuentros del CEI. Mucho más importante es lo que se puede haber hecho de esta renovación en los planteamientos muy diversos que los participantes en estas conferencias habrán llevado con ellos. El culto a este nivel de profundidad imaginativa es, por definición, imposible de trasladar a ningún otro contexto y las necesarias destrezas no son ciertamente transmitidas por un rápido informe. Pero me sentiría profundamente consternado si la Iglesia universal no viera cientos de intentos de introducir en los planteamientos locales y nacionales algo de la creatividad, el entusiasmo y el sencillo gozo de estos comienzos.

3. LOS DESAFÍOS Y EXIGENCIAS CENTRALES DE ESTA RENOVACIÓN

Observando cada detalle, ¿existen unas líneas generales que pueden ser seguidas en cualquier otro tipo de planteamiento, para llevar a la práctica alguna de las más valiosas contribuciones de esta renovación? Si el éxito del culto es algo imposible de describir, es seguramente aún más peligroso sugerir líneas-guía que la gente podría intentar seguir; las posibilidades de incomprensión y extravío a causa de factores totalmente extraños a lo que estoy escribiendo son enormes, inabarcables. No obstante, hay aquí tres grandes áreas que cualquier grupo interesado en seguir esta guía haría bien en meditar tan cuidadosamente como pueda.

a) *Específico para el grupo implicado*

En cada uno de los casos que he tocado, lo que me llama la atención es lo cuidadosamente que todo había sido

planificado y preparado, sin duda podría decir «presentido», precisamente, qué grupo debería ser el implicado; cómo debían preocuparse de quienes lo forman en el momento, qué tipo de aperturas y desafíos podrían abrirseles; y así, en definitiva, qué no les interesaría, atañería, etc. En estas conferencias del CEI, la simple mezcla de la gente es lo que más cuenta, la reunión de las diferentes contribuciones que pueden ofrecer de muchas maneras. En planteamientos menos plurales, tendrá mucho menos sentido intentar implicar una amplia gama de referencias y de culturas; aunque naturalmente el deseo de un horizonte universal amplio se convierte quizá en lo más crucial. Conocer precisamente a quién tienes a tu cuidado, cuál es su situación emocional y de fe, y qué tipo de demandas y desafíos pueden desear enfrentar es lo más importante de todo.

Al mismo tiempo, la imaginación que se sigue de este análisis necesitará y exigirá un grado poco corriente de esfuerzo y atención en el trabajo en detalle. En muchos de los servicios que he mencionado me han impresionado especialmente los detalles enteramente mundanos; por ejemplo, sencillamente, la cantidad de un paño rojo particularmente brillante que se usó en San Salvador, para un servicio religioso centrado en el SIDA, y la necesidad de docenas de piezas de éste con el tamaño adecuado para los diferentes propósitos requeridos: imagino fácilmente que habrá llevado horas de penoso esfuerzo diseñar los motivos y después ir a comprar la tela para plasmarlos en ella. Tener disponible la línea melódica de unos *items* de música dentro del orden del servicio es bien diferente a que la gente lo encuentre fácil de cantar. Como se dice a menudo sobre los genios, no se trata de tener brillantes ideas sino sudor y perseverancia para hacerlas realidad.

b) *Algunos acontecimientos imprevistos*

No se espera que muchos de nuestros actos «normales» de culto contengan ninguna sorpresa. Es posible que el predicador diga algo que es «nuevo» e incluso impredecible, pero casi nunca esperamos que el culto sea el momento para acontecimientos imprevistos. Una de las bellezas

del carácter participativo de la tradición de Vancouver es que cada servicio está al menos abierto a que suceda algo que conmueve más de lo que había sido previsto por los organizadores. Por ejemplo, uno de los momentos más intensos de toda la Asamblea de Vancouver sucedió inesperadamente en el servicio de apertura. Los organizadores, fuera de la tienda, estaban formando una procesión de gentes procedentes de diferentes continentes para que cada uno pusiera sobre el altar una contribución peculiar de su cultura. Una mujer africana llegó probablemente un poco tarde al servicio, trayendo a su bebé. Preguntó qué era lo que estaban haciendo y cuando escuchó que la gente llevaba una contribución sugirió unirse a ellos y llevar a su bebé. Así, Philip Potter, como Secretario General, que estaba de pie delante del altar para recibir estos diferentes símbolos en sus manos y distribuirlos sobre el altar, inesperadamente se encontró a sí mismo (un marido sin hijos, como suele suceder) con un bebé africano en brazos; su sorpresa le llevó a besar al niño antes de ponerlo de nuevo en los brazos de su madre. El aspecto de su cara en ese momento fue de simple gozo; todos nosotros lo sentimos con él y la foto resultante ha sido reproducida cientos de veces por todo el mundo.

Naturalmente, no se puede «preparar» directamente algo de este tipo; o al menos se convierte en algo sutilmente diferente si es que está preparado. Pero si un servicio tiene un elemento en el que se espera que los que participan en él utilicen la cabeza y la imaginación para hacer algo por cuenta propia, relacionarse con el que tienen al lado de un modo que no esperan, entonces puede suceder cualquier tipo de cosas, insignificantes en sí mismas, la mayoría de las veces con un efecto excelente, para ser recordadas como significativas porque nosotros mismos las hicimos como una contribución activa, y no sólo las escuchamos o las vimos en recepción pasiva.

c) El culto integra nuestras experiencias más amplias

Tercero, y posiblemente más importante, con frecuencia me he dado cuenta de que lo que me emociona en la

tradición de Vancouver es el modo en que el culto es ofrecido por gentes que actuamos en beneficio del mundo más amplio y menos «religioso». De nuevo, esto no es un «elemento» que tenga que ser planificado en un planteamiento básico del corazón y la mente de los organizadores lo que supone una gran diferencia tal como aparece.

Con un grupo internacional existe siempre la posibilidad de encontrarse en una situación de violencia, o desgracia, en el mundo en el que las simpatías de todo el grupo pueden volverse hacia los intereses particulares de un pequeño número de ellos. Esto es inusualmente cálido y alentador para los más comprometidos. Aún más, existe el sentimiento de que algo importante sucede cuando una congregación cristiana se arrepiente en presencia de otros de los pecados de su gente o de su ciudad. Nosotros hemos usado más intercesiones cuando deliberadamente presentábamos ante Dios en la oración a personas con poder, o con tragedias que enfrentar o con necesidades insuperables; pero esto no se ha hecho como si nosotros, los que damos culto, estuviéramos a salvo de este tipo de cosas. Lo que importa es el sentimiento de solidaridad, ante Dios, con el que oramos.

En el culto es precisamente la vocación de los cristianos llevar ante la presencia de Dios la medida y extensión del «mundo» en el que consumimos nuestros días, justamente como en la misión es nuestra vocación llevar a la atención del «mundo» es decir, los vecinos con los que vivimos más cerca, la realidad y la verdad de Dios en el que todos vivimos y existimos, lo conozcamos o no. En este sentido es un bien que el Consejo Ecuménico de las Iglesias pueda no sólo introducirnos en nuestros socios cristianos en otras partes (geográficas) del mundo, sino también animarnos a hacer presentes en la oración y el culto a nuestros vecinos en el mundo (plural, secular y muy a menudo desobediente).

Entre los muchos pedazos de papel que traje de Vancouver, descubrí unos meses más tarde el siguiente poema, que está firmado con el nombre Anne Ng y «Toronto, agosto de 1983». No sé mucho más que esto sobre él y sólo puedo sospechar que Anne Ng (un nombre que en China creo que

se pronuncia «Wo») habrá sido un visitante de la Asamblea. Así pidiéndole disculpas si hago algo equivocado, pero con el aprecio de una persona que claramente vivió en Vancouver muchas emociones similares a las que tuve yo, le dejo a Anne Ng la última palabra:

Culto en la Sexta Asamblea
Aleluya, Aleluya...
Ja-ya, Ja-ya ho...
Chiu chu lien min wo-men...
Kyrie eleison...

Estás sentado ahí tratando de captar lo poco que recuerdas
—o adivinas— de lenguas que una vez estudiaste:

Un ocasional «gracias», un tajante «Herrlichkeit».

Un melodioso «Seigneur Dieu»;

Estás ahí de pie y aplaudes,

atrapado en la contagiosa alegría,

casi gozo del aleluya de Zimbawe

aguzas el oído, tensas los ojos y captas

dos niños que vienen trayendo pan...

El mundo en microcosmos, cantando con una sola voz

Kyrie eleison...

La tienda era de listas doradas y blancas,

Colores alegres de un pueblo esperanzado;

Tambores, guitarras, siempre

El ritmo de oración y adoración.

Y

De repente

Caes en la cuenta de que

Esto es lo que el culto es en realidad:

Un torrente de adoración demasiado lleno para ser retenido,

A punto de desbordarse para verterse

En todos los lenguajes bajo el sol,

Peticiones en ruso, portugués, tamil, pero siempre,

Una sola voz gritando «Kyrie eleison...»

Señor, ten misericordia de nosotros que nos hemos burlado

Ide tu culto,

Convirtiéndolo en un torpe, mortecino ejercicio de mente y

loído...

Sí,
Entra en la tienda y da culto;
Pero, de vez en cuando,
Levanta la tienda y avanza.
Deberíamos siempre, en cualquier lugar,
Recordarnos a nosotros mismos nuestra condición de peregrinos
Dando culto en una tienda.

MARTIN CONWAY (anglicano)
Presidente de los Selly Oak Colleges
Birmingham, Inglaterra